

LA LIBERACION DE LA IMAGEN

Creo que el Teatro de Díaz ha sido juzgado en forma demasiado parcial e incompleta. Mucho ha hablado la crítica y los entendidos sobre el contenido de sus anteriores estrenos, como centrados en la visión despiadada de nuestra actual organización social. Sobre ese centro, se han tejido interpretaciones de matices diversos y coincidentes. Yo, me atrevería a afirmar que, el teatro de Díaz lleva además, en sus imágenes, figuras y distorsiones, la denuncia poética de la soledad del hombre.

En todas sus obras anteriores a "El Nudo Ciego", encontramos en el escenario a un ser humano, sobre el que se edifica la trama, y que se enfrenta a ella tan sólo acompañado de su alma, sus sentimientos y su palabra. La devolución de ella en el desarrollo teatral de cada una de las obras, llega al espectador como un eco lacerante de necesidad, posibilidad y frustración. Es el grito del hombre a la ancha curvatura de un paisaje hosco, aislado, falsamente poblado, y sordo a las inquietudes de la nueva generación humana.

Hay en Díaz un sentido agónico, en la acepción de "lucha" que Unamuno daba a esta palabra; por la cual el hombre trata de reconciliarse con su condición, e incluso con los caminos torturados, estériles y torcidos de su vida; trata de insertarse también en la sociedad que corresponde a su presencia, trata, por último, de alcanzar un estado de armonía en la relatividad de todo lo creado; así, confusamente, quizás por puro instinto de la ley natural grabada en su sangre, de acercarse al alto concepto de la divinidad —imagen lejana de su ser.—

Sus criaturas escénicas las presenta generalmente sin espesor, suprime todas las tendencias psicológicas, quedando en sus entes escénicos una especie de signos algebráicos del hombre, cuyos nombres son generalmente alegorías, con las que Díaz hace suyo el pensamiento de Moeller que "todos somos el hombre".

No obstante y si por estilo entendemos la índole de lenguaje, el idioma de Díaz es expresionista, enriquecido por una brillante atmósfera poética. Esta cualidad impide que en sus obras la imagen quede en lo puramente verbal. La acción, substancialmente dramática —valioso contrapunto de su humor peculiar— sitúa al espectador en el estremecimiento mismo de la gran incógnita, a cuya solución tiende. Lo que importa es la fecundidad de ese estremecimiento en el que quedan expresadas o sugeridas las ideas del autor mejor, y más completamente que si éste las hubiera expuesto en estilo directo.

En "El Nudo Ciego" no me han importados las causas reales, lo que seguramente producirá al espectador en algunos casos desorientación o irritación, sino que he buscado en su montaje la inmersión del público a la exposición fenomenológica, en un desarrollo deliberadamente hipotético, donde con la acción, la esencia, las relaciones ontológicas y metafísicas se rediman de lo particular, lo temporal, proyectándose a lo espacial, de modo que la imagen liberada, alucine en un conjunto abstracto.

Huidiza y extraña, esta nueva obra se prestaba, a mi criterio, para la experiencia técnica que hacemos ahora con ICTUS por primera vez en el mundo del teatro. Estoy cierto que las interpretaciones serán diversas y encontradas, hecho perfectamente explicable, porque ellas se acumularán sobre las imágenes tanto visuales como auditivas; las que he pretendido libertar en su realidad, jugando con ellas hasta penetrar en la densa región onírica.

Junto a Díaz nos hemos propuesto hacer el traslado del contenido espiritual a un plano físico, con la sola mira de obtener de la totalidad de la obra una imagen cerrada. Si el trabajo aquí expuesto produce o facilita la liberación de esa imagen, habremos dado un paso para enriquecer la estética expresionista.

El signo particular de "El Nudo Ciego" es la inminencia estremecedora de lo desconocido. Lo esquemático, la ausencia de exposición de causa, el jadeo agónico de la incertidumbre, contribuye a enriquecer esa atmósfera.

El uso del dispositivo auricular, estudiado para enriquecer la densidad de la imagen, me ha parecido legítimo considerando que el distintivo de nuestra época es la utilización del progreso al servicio de la comunidad.

Ya en 1902 el genio de Strindberg en su obra cumbre "El Sueño" acentuó el expresionismo con el efecto de que al tocarse un órgano de iglesia, en lugar de sonidos musicales surgían de él las voces de la humanidad doliente pidiendo misericordia; quizás no era su efecto, la pulsación de resortes naturales y TECNICOS para que manara, no la aparente realidad exterior, sino la contradictoria y profunda realidad del alma, distinta y casi excéntrica de aquella, pero su causa y efecto a la vez.

Finalmente he creído de importancia adecuar la experiencia de este primer montaje con "audio-dimensión", con algunos recursos de insertar escenas imaginarias en el tiempo real del argumento, reuniendo en el espacio a personaje irrelacionados y de difícil vecindad, salvo que nuestra mente, como resultante del efecto auditivo, los irradie vecinos. Al usar así el espacio en una condensación subjetiva, espero conseguir que el espesor y la imagen adquieran una forma abstracta, diversa y particular para cada espectador.

Un auténtico teatro experimental debe seguir con valentía la premisa de Andreiev: "Si un muro intercepta el camino, se le derriba; si una montaña nos cierra el paso, se la aparta; si un abismo se abre a nuestros pies, se vuela por encima; y si uno no tiene alas, se las crea".

La experiencia que presenciaréis con este montaje es una afirmación de ICTUS a estos principios.

JAIME CELEDON.